

# EL DIABLO DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

EL DIABLO DE SHARPE

Napoleón y la independencia de Chile  
1820-1821

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Devil*

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición: enero de 2020

© Bernard Cornwell, 1992  
© de la traducción: Montse Batista, 2013  
© de la presente edición: Edhasa, 2020  
Diputación, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-3583-5

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B 27115-2019

Impreso en España

El diablo de Sharpe *está dedicado afectuosamente*  
*a Toby Eady,*  
*mi amigo y agente, que nos ha soportado*  
*a Sharpe y a mí todos estos años.*



## PRÓLOGO

Había dieciséis hombres, y tan sólo doce mulas. Ninguno de ellos estaba dispuesto a abandonar el viaje, de modo que los ánimos estaban crispados y el calor húmedo y sofocante no contribuía a mejorar las cosas. Los dieciséis estaban esperando junto a la costa, allí donde los acantilados de basalto negro bordeaban el pequeño puerto, y no había viento, ni tan siquiera algo de brisa, que aliviara la humedad. En algún lugar de aquellas montañas, sonó un retumbo de truenos.

Aquellos hombres iban todos uniformados..., todos menos uno. Sofocados e impacientes, permanecían a la sombra de unos ramosos árboles de hoja perenne, en tanto que las doce mulas, atendidas por esclavos negros, languidecían junto a un seto de brezo y rosales, en el que brillaban unas pequeñas rosas blancas. El sol, que ascendía hacia el mediodía, caldeaba una atmósfera que olía a rosas, granadas, algas, mirto y aguas residuales.

Dos barcos de guerra, con sus velas de cruz teñidas de un gris sucio por el desgaste prolongado del viento y la lluvia, patrullaban a lo lejos, frente a la costa. Más cerca, en el fondeadero, una gran fragata española había echado las anclas gemelas. No era un buen lugar

para echar el ancla, pues el abrazo de la costa apenas afectaba al oleaje del océano y en el muelle no había profundidad suficiente para que una embarcación grande pudiera echar las amarras, de modo que los dieciséis hombres habían llegado a tierra en los esquifes de la fragata española. Ahora aguardaban bajo aquel calor agobiante y sin viento. Un bebé lloraba en una de las casas situadas justo al otro lado del seto resplandeciente de rosas.

–Se han ido a buscar más mulas. Si nos hacen el honor de tener paciencia, caballeros. Y de aceptar nuestras más sinceras disculpas. –El que hablaba, un jovenísimo teniente británico de casaca roja con el rostro rebosante de sudor, manifestó un arrepentimiento excesivo–. No esperábamos a dieciséis caballeros, comprendanlo, sólo a catorce, aunque, aun así, el transporte hubiese sido insuficiente, por supuesto, pero he hablado con el ayudante general y me ha asegurado que se están ensillando más mulas...; sea como sea, les pedimos disculpas por la confusión.

El teniente había pronunciado aquellas palabras a borbotones, pero de pronto dejó de hablar cuando cayó en la cuenta de que la mayoría de los dieciséis viajeros no habrían entendido nada de lo que les había dicho. El joven oficial se ruborizó, y se volvió hacia un hombre alto de cabello oscuro y rostro marcado que llevaba una casaca descolorida del uniforme del 95° de Rifles.

–¿Puede traducirlo por mí, señor?

–Hay más mulas en camino –dijo el fusilero en un español lacónico pero fluido. Hacía casi seis años que el fusilero no utilizaba aquel idioma con regularidad y,

sin embargo, treinta y ocho días en un barco español le habían devuelto la fluidez. Se volvió a mirar al teniente—. ¿Por qué no podemos ir andando hasta la casa?

—Está a unos ocho kilómetros, señor, cuesta arriba, y es una pendiente muy escarpada.

El teniente señaló hacia la ladera, por encima de los árboles, donde se distinguía apenas un camino estrecho que subía zigzagueando peligrosamente por la cuesta cubierta de plantas de lino.

—La verdad es que lo más aconsejable es que esperen a las mulas, señor.

El alto oficial de fusileros profirió una especie de gruñido que el joven teniente interpretó como una aceptación de su sensato consejo. Envalentonado, el teniente se acercó un paso más hacia el fusilero.

—¿Señor?

—¿Qué?

—Me preguntaba... —El joven oficial, abrumado por el gesto ceñudo del fusilero, retrocedió—. Nada, señor. No importa.

—¡Por el amor de Dios, diga lo que piensa muchacho! No voy a morderle.

—Se trata de mi padre, señor. A menudo hablaba de usted, y me preguntaba si tal vez se acordaría de él. Estuvo en Salamanca, señor. ¿Hardacre? ¿El capitán Roland Hardacre?

—No me suena.

—¿Que murió en San Sebastián? —añadió el teniente Hardacre con voz lastimera, como si aquel último detalle pudiera reavivar la imagen de su padre en la memoria del fusilero.

Éste soltó otro gruñido que podría haberse traducido como comprensión, pero en realidad era el sonido recurrente de un hombre que nunca sabía cómo reaccionar de forma apropiada a semejantes revelaciones. Habían muerto tantos hombres, había tantas viudas que aún lloraban y tantos niños que serían huérfanos de padre para siempre, que el fusilero dudaba que existiera suficiente compasión para todas las acciones de la guerra.

—No le conocía, teniente. Lo siento.

—De todas formas, ha sido un verdadero honor conocerle, señor —balbuceó el teniente Hardacre.

De inmediato, el joven oficial retrocedió andando de espaldas con cautela, como si aún pudiera ser atacado por aquel hombre alto de cabellos negros con un mechón blanco, como un tejón, y cuyo rostro moreno estaba surcado por una cicatriz irregular. El fusilero, que se hallaba deseando poder responder de manera más relajada y más compasivamente a semejantes llamamientos a su memoria, era Richard Sharpe. Su uniforme, que podría haber parecido andrajoso incluso en un mendigo, llevaba la insignia desteñida de comandante, aunque al final de la guerra, cuando había luchado en el campo que más viudas había ocasionado, había sido nombrado teniente coronel. En aquellos momentos, a pesar del uniforme y de la espada que colgaba en su costado, sólo era un simple civil y un granjero.

Sharpe se apartó del avergonzado teniente y se volvió a mirar con aire malhumorado por encima del mar, que resplandecía bajo el sol, hacia los lejanos barcos que vigilaban aquella costa solitaria y remota. La cicatriz de

Sharpe le daba un aspecto sardónico y socarrón. Su compañero, por otro lado, tenía un rostro afable y jovial. Era un hombre muy alto, más alto que el propio Sharpe, y era el único de los dieciséis viajeros que no llevaba uniforme. Iba vestido con una chaqueta de lana marrón y unos pantalones negros demasiado gruesos para aquel calor tropical y, en consecuencia, el hombre alto, que también estaba muy gordo, sudaba copiosamente. Estaba claro que la incomodidad no había afectado su talante jovial, pues miraba alegremente los oscuros acantilados, las higueras de Bengala, las chozas de los esclavos, las nubes portadoras de lluvia que se hinchaban por encima de los negros picos volcánicos, el mar, la pequeña ciudad... Finalmente, pronunció su considerado veredicto:

–Un lugar de mala muerte poco común, ¿no le parece?

El hombre gordo, que se llamaba Patrick Harper y era el compañero de Sharpe en aquel viaje, había expresado exactamente el mismo sentimiento al amanecer, cuando, mientras su embarcación avanzaba con lentitud empujada por un viento suave hacia el fondeadero de la isla, las primeras luces habían revelado el inhóspito paisaje.

–Es más de lo que se merece ese cabrón –repuso Sharpe, pero sin mucha convicción, simplemente con el tono de un hombre que conversara para pasar el tiempo.

–Sigue siendo un lugar de mala muerte. ¡Por Dios! ¿Cómo llegaron a encontrarlo siquiera? Esto es lo que me gustaría saber. ¡El Señor estará en su cielo, pero no

sotros estamos a un millón de kilómetros de cualquier lugar de la tierra! ¡Ya lo creo que sí!

–Supongo que algún barco se desvió de su rumbo y tropezó con el maldito lugar.

Harper se abanicó el rostro con el ala de su sombrero ancho.

–¿Cuándo llegarán las puñeteras mulas? Me estoy muriendo de calor, ya lo creo que sí. Arriba en las montañas debe de hacer un poco más de fresco.

–Si no estuviera tan gordo, podríamos ir andando hasta allí –comentó Sharpe con suavidad.

–¡Gordo! Lo que pasa es que tengo una buena constitución, eso es lo que pasa. –La respuesta, inmediata e indignada, denotaba mucha práctica, por lo que cualquiera que hubiera estado escuchando caería de inmediato en la cuenta de que aquél era un viejo altercado que los dos hombres repetían con frecuencia–. ¿Y qué hay de malo en tener una buena constitución? –continuó diciendo Harper–. ¡Madre de Dios, sólo porque uno viva bien no hay necesidad de hacer comentarios sobre la evidencia de su salud! ¡Y mírese! ¡Si hasta el Espíritu Santo tiene más carne en sus huesos que usted! Si lo hirviera no sacarían ni una libra de manteca por la molestia. ¡Debería comer como yo! –Patrick Harper se golpeó el pecho con orgullo, con lo cual provocó un temblor sísmico en su vientre.

–No es la comida –dijo Sharpe–. Es la cerveza.

–¡La cerveza negra no hace que uno engorde!

Harper estaba profundamente ofendido. Había sido sargento de Sharpe en casi toda la guerra con los franceses, y tanto entonces como en aquel momento,

a Sharpe no se le ocurría nadie a quien hubiera preferido tener a su lado en combate. Sin embargo, durante los años transcurridos desde la guerra, el irlandés había llevado un mesón en Dublín.

—Y a uno tienen que verle bebiendo su propia mercancía —explicó Harper, a la defensiva—, porque así consigues que la gente confíe en lo que vendes, eso es. Además, a Isabella le gusta que tenga un poco de carne sobre los huesos. Dice que eso demuestra que estoy sano.

—¡Pues debe de ser el cabrón más sano de Dublín! —repuso Sharpe, aunque sin malicia.

Hacía más de tres años que no veía a su amigo, y había quedado impresionado cuando Harper llegó a Francia con un vientre que se bamboleaba como un saco de anguilas vivas, un rostro redondo como la luna llena y unas piernas gruesas como cañones de obús. Sharpe, por su parte, cinco años después de la batalla de Waterloo, todavía podía ponerse su viejo uniforme. De hecho, aquella misma mañana, al sacar el uniforme de su baúl, se había visto obligado a hacer otro agujero en el cinturón de los pantalones para evitar que se le cayeran hasta los tobillos. Llevaba otro cinturón en bandolera encima de la casaca, pero aquél era simplemente para sostener la espada. Resultaba muy extraño llevar el arma colgando del costado otra vez. Había pasado la mayor parte de su vida siendo soldado, desde los dieciséis años hasta los treinta y ocho, pero en los últimos tiempos se había acostumbrado a la vida de granjero. De vez en cuando, empuñaba una escopeta para ahuyentar a los grajos del huerto de Lucille, o para cazar una liebre que echar a la cazuela, pero hacía tiempo que había relegado la gran

espada a su lugar decorativo sobre la chimenea del salón de la casa salariega, donde Sharpe había esperado que permaneciera para siempre.

Pero ahora llevaba otra vez la espada y el uniforme, y volvía a estar en compañía de soldados. Y de dieciséis mulas, puesto que por fin se habían encontrado ya cuatro animales más que habían conducido hasta los hombres que las esperaban, los cuales montaron a horcajadas sobre las bestias sarnosas intentando no perder la dignidad. Los esclavos negros trataron de contener la risa cuando Patrick Harper se encaramó a un animal que parecía abultar la mitad que él y que, sin embargo, de algún modo sostuvo su peso.

Un comandante inglés, un hombre de aspecto colérico montado en una yegua negra, encabezó la marcha para salir de la pequeña población y dirigirse al estrecho camino de montaña, que ascendía de forma tortuosa por la imponente falda hacia el interior de la isla. A ambos lados del camino, las laderas verdecían con altas plantas de lino. Un lagarto, iridiscente bajo la luz del sol, se cruzó en el camino de Sharpe a toda velocidad, y uno de los esclavos que iban detrás de los hombres montados salió corriendo tras el animal.

—Creía que se había abolido la esclavitud —comentó Harper, quien evidentemente había perdonado los comentarios de Sharpe sobre su gordura.

—En Gran Bretaña sí —dijo Sharpe—, pero esto no es territorio británico.

—¿Ah, no? ¿Y qué demonios es entonces? —preguntó Harper con indignación.

Y, a decir verdad, si la isla no pertenecía a Gran

Bretaña, parecía ridículo que estuviera tan densamente habitada por tropas británicas. A cierta distancia, había un cuartel donde tres compañías de casacas rojas recibían su instrucción en la plaza de armas; a su derecha, un grupo de oficiales de casaca escarlata ejercitaban a sus caballos en una ladera, en tanto que al frente, allí donde el valle abandonaba la espesura de lino y ascendía hacia las peladas tierras altas, un puesto de guardia hacía de puente en el camino junto a una estación de semáforo ociosa. La bandera que ondeaba por encima del puesto de guardia era la Union Jack.

—¿Me está diciendo que podría ser territorio irlandés?

—Pertenece a la Compañía de las Indias Orientales —le explicó Sharpe pacientemente—. Es un lugar en el que pueden abastecer sus embarcaciones.

—Pues a mí me parece condenadamente inglés, ya lo creo que sí. Salvo por los negros. ¿Recuerda a ése que teníamos en la compañía de granaderos? ¿Un tipo granodote que murió en Toulouse?

Sharpe asintió con la cabeza. El negro en cuestión había sido una de las pocas bajas del batallón en Toulouse, muerto una semana después de que se hubiese firmado el tratado de paz, cosa que en aquel momento nadie sabía.

—Recuerdo que en Burgos se emborrachó —continuó Harper—. Lo arrestamos y, a la mañana siguiente, cuando lo condujimos a recibir el castigo, aún no se tenía en pie. ¿Cómo diablos se llamaba? Era un tipo alto. Tiene que acordarse de él. Se casó con la viuda del cabo Roe, que se quedó embarazada, y el sargento Finlayson

aceptaba apuestas sobre si la criatura sería blanca o negra... ¿Cómo se llamaba, por el amor de Dios? –Harper frunció el ceño, frustrado. Desde que había conocido a Sharpe en Francia, ambos habían mantenido conversaciones similares, intentando dar cuerpo a los fantasmas de un pasado que se disipaba con rapidez.

–¡Bastable! –a Sharpe le vino el nombre a la cabeza de repente–. Thomas Bastable.

–¡Bastable! Exacto, ése era él. Cerraba los ojos siempre que disparaba un mosquete, y no logré hacerle perder la costumbre. Probablemente haya llenado de balas a más ángeles que cualquier otro soldado de la historia, el Señor lo tenga en su gloria. Pero era peligroso con la bayoneta. ¡Y por Dios que podía ser terrorífico con una estaca!

–¿De qué color nació el bebé? –preguntó Sharpe.

–Un poco de cada uno, por lo que yo recuerdo. Como el té con leche. Finlayson no quería pagar hasta que hablamos discretamente con él detrás de las líneas, pero siempre fue un tipo escurridizo ese Finlayson. Nunca pude entender por qué le concedió los galones.

Harper guardó silencio porque el grupo de hombres uniformados se acercaba a una casa con los postigos cerrados que estaba rodeada por un seto muy bien podado. Unas flores de colores vivos bordeaban ambos lados de un sendero hecho de conchas marinas trituradas. Un jardinero, que por su aspecto parecía chino, estaba cavando en el huerto que había junto a la casa, mientras una mujer rubia vestida de blanco leía bajo un cenador situado cerca del seto delantero. La mujer alzó la mirada, saludó con una sonrisa de confianza al comandante de

rostro colorado que iba al frente del convoy de mulas, y a continuación miró con franca curiosidad a los desconocidos. Los oficiales españoles inclinaron la cabeza con gravedad, Sharpe saludó ladeando su tricornio marrón pasado de moda, y Harper le ofreció una sonrisa alegre:

–¡Hace una mañana estupenda, señorita!

–Demasiado calurosa, a mi parecer. –Tenía acento inglés y una voz suave–. Esta tarde vamos a tener lluvia.

–Mejor la lluvia que el frío. En casa estará helando, ya lo creo.

La chica sonrió, pero no respondió de nuevo. Bajó la vista a su libro, y pasó lentamente una página. En algún lugar de la casa, un reloj dio las tintineantes campanadas de mediodía. Un gato dormía en el alféizar de una ventana.

Las mulas ascendieron poco a poco hacia el puesto de guardia. Dejaron atrás las plantas de lino, las higueras de Bengala y los mirtos, y salieron a una planicie de hierba escasa y marrón y unos pocos árboles enanos doblados por el viento. Más allá de la árida pradera, se alzaban unos repentinos picos recortados, negros y amenazadores, y en uno de aquellos riscos había una casa de paredes blancas en cuyo tejado se había construido la sobria horca de una estación de semáforo. La casa de señales se hallaba en la línea del horizonte, y los turbulentos nubarrones que tenía detrás daban un aspecto extrañamente brillante a sus paredes pintadas de blanco. El dispositivo de señales que había junto al cuartel de la guardia del camino cobró vida repentina y estrepitosamente, con un crujido de sus brazos gemelos que se sacudieron arriba y abajo.

–Van a decir a todo el mundo que estamos llegando –dijo alegremente Harper, a quien todos los acontecimientos rutinarios de aquel día caluroso le estaban resultando emocionantes.

–Es probable –repuso Sharpe.

Los casacas rojas que se encontraban de servicio en el puesto de guardia saludaron a los oficiales españoles, que pasaron subidos en sus monturas. Algunos de ellos sonrieron al ver al enorme Harper solapado sobre la mula que avanzaba penosamente, pero sus semblantes se petrificaron cuando Sharpe los miró con el ceño fruncido. Sharpe pensó que aquellos hombres debían de estar aburridos del carajo. Atrapados a más de seis mil kilómetros de su hogar, sin nada que hacer, aparte de observar el mar y las montañas y especular sobre la casita situada a unos ocho kilómetros del fondeadero.

–¿Se da cuenta –dijo Sharpe a Harper de repente y con expresión avinagrada– de que lo más seguro es que estemos perdiendo el tiempo?

–Sí, tal vez –contestó Harper con gran ecuanimidad, acostumbrado como estaba a la súbita hosquedad de Sharpe–, pero aun así pensamos que valía la pena intentarlo, ¿no es verdad? ¿O iba a venir hasta aquí sólo para quedarse encerrado en su camarote? Siempre puede regresar.

Sharpe siguió cabalgando sin responder. Los cascos de su mula levantaban el polvo a su paso. Tras él, el telégrafo dio un último golpe y se detuvo. En un valle poco profundo situado a mano izquierda de Sharpe, había otro campamento inglés, y a la derecha, a poco más de kilómetro y medio de distancia, unos cuantos hom-

bres uniformados adiestraban a sus caballos. Cuando vieron al grupo de españoles que se aproximaba, espolearon a sus monturas y se alejaron hacia una casa que se hallaba aislada en el centro de la planicie, rodeada por un muro de protección y un cordón de guardias de casaca roja.

Los jinetes, que iban acompañados por un único oficial británico, no llevaban las omnipresentes casacas rojas de la guarnición de la isla, sino que vestían unos uniformes de color azul oscuro. Habían pasado cinco años desde la última vez que Sharpe había visto llevar abiertamente aquellas casacas de uniforme. Los hombres que vestían aquel color azul habían gobernado tiempo atrás Europa desde Moscú hasta Madrid, pero ahora su brillante estrella había caído, y su soberanía estaba confinada a las paredes de estuco amarillo de la casa solitaria situada al final de aquel tramo de camino.

La casa amarilla era achaparrada, rodeada de árboles de hojas oscuras y relucientes y de un jardín muy poblado. El lugar no tenía nada de alegre. Se había construido a modo de establo, y se había ampliado para convertirlo en una casita veraniega para el vicegobernador de la isla, pero entonces, en los días postreros de 1820, la casa albergaba a cincuenta prisioneros, diez caballos e innumerables ratas. Aquella casa se llamaba Longwood, estaba situada en el centro mismo de la isla de Santa Elena, y su prisionero más importante había sido el emperador de Francia.

Bonaparte.

\* \* \*

No estaban perdiendo el tiempo, al fin y al cabo.

Por lo visto, el general Bonaparte estaba ávido de recibir visitas que pudieran traerle noticias del mundo que bullía más allá de los cerca de cuatrocientos kilómetros cuadrados de Santa Elena. Recibía dichas visitas después de comer y, como él siempre almorzaba a las doce de la mañana y en aquel momento pasaban veinte minutos de mediodía, a los oficiales españoles les dijeron que si no tenían inconveniente en dar un breve paseo por los jardines, su majestad les recibiría en cuanto hubiera terminado de comer.

No era el «general Bonaparte», la mayor dignidad que sus carceleros británicos le concedían, quien iba a recibir a los visitantes, sino «su majestad» el emperador, y a todo aquel visitante que no estuviera dispuesto a dirigirse a su majestad como *Votre Majesté* se lo invitaba a montar de nuevo en su mula y emprender el sinuoso camino de montaña de vuelta al puerto de Jamestown. El capitán de la fragata española, un hombre solitario y adusto llamado Ardiles, se había ofendido al recibir las instrucciones pero había reprimido sus quejas, y los demás españoles, todos ellos oficiales del ejército, habían accedido con ecuanimidad a dirigirse a su majestad tan majestuosamente como exigiera. En aquellos instantes, mientras su majestad terminaba de comer, sus sumisos visitantes caminaban por los jardines en los que las setas crecían con abundancia en el césped. Las nubes que se formaban al oeste se reflejaban en las superficies turbias de los estanques recién cavados. El comandante inglés que había conducido a aquella procesión hasta la planicie, quien evidentemente no tenía ninguna intención

de presentar sus respetos al general Bonaparte, había hundido el pie en el barro del borde de uno de los estanques y, en aquel momento, intentaba limpiarse las botas raspándolas con la fusta. Un trueno retumbó en las cargadas nubes por encima de la estación de semáforo de paredes blancas.

–Cuesta creerlo, ¿verdad? –Harper estaba emocionado como un niño al que llevaran a una feria rural—. ¿Recuerda la primera vez que lo vimos? ¡Dios mío! Aquel día llovía de verdad, ya lo creo que sí.

Aquella primera vez había sido en el campo de batalla de Quatre Bras, dos días antes de Waterloo; Sharpe y Harper habían visto al emperador, rodeado de lanceros, en la desvaída distancia. Dos días después, antes de que se iniciara el verdadero baño de sangre, habían visto a Bonaparte montado en un caballo blanco junto a las tropas francesas. Ahora ellos habían acudido a su prisión y, como había dicho Harper, costaba creer que estuvieran tan cerca del ogro, del tirano, del azote de Europa. Y resultaba aún más extraño que Bonaparte estuviera dispuesto a recibirles de manera que, durante unos emocionantes momentos de aquel día húmedo, dos antiguos soldados del ejército británico estarían en la mismísima habitación del general Bonaparte: oirían su voz, verían sus ojos, olerían la humedad de sus estancias y se marcharían para contarles a sus hijos y nietos que habían estado cara a cara con el monstruo de Europa. Podrían alardear de que no tan sólo habían luchado contra él un año amargo tras otro, sino que además, nerviosos como colegiales, habían pisado la alfombra de su casa prisión en una isla en medio del Atlántico sur.